

J. VICENS VIVES

ARTICLES
I ESCRITS

I

Articles i escrits

I

1

El primer bucanero

de

"Rumbo Océanico"

Censuat

1946

MSW_31_002_01

EL PRIMER BUCANERO

Pedro el Grande aparejó con sus veintiocho hombres en una cala de la isla Tortuga, al Norte de Haití, donde tenía surta y apresada una embarcación de escaso porte. No era hombre que se dejase tentar por la vida de los plantadores y cazadores de la isla. No había nacido para empuñar el arado, ni manejar las armas en otra cosa que no fuera el ataque o la defensa contra los que se amparaban en la ley. Demasiadas veces se había jugado la vida al filo de una espada o ante la boca de una pistola para que ahota terminase sus días vegetando en la Tortuga. No. Lo que él deseaba no era el reposo, ni mucho menos ganarse el sustento con la rutinaria labor cotidiana, sino apoderarse de los buques españoles que surcaban las aguas del Caribe, y cuyas bodegas sabía repletas de géneros delicados y, lo que aun era mejor, de metales preciosos que los "miteros" habían sacado de las minas de Méjico y del Perú para dorar las águilas de los Austrias españoles.

No se acordaba ni de donde había nacido ni de cuál era su nombre. Le llamaban Pedro el Grande por su estatura y sus hazañas. Por lo demás ? qué le importaban esas cosas? Su patria era el ancho mar, su dios el oro y sus metas el placer y la aventura. Había nacido corsario y en el fragor de los combates se había despertado en su espíritu el insaciable afán de las fáciles riquezas del botín y el tremendo gusto de la sangre derramada en la pelea. Era cruel, odioso y feroz, intrépido hasta la osadía y temerario hasta la imprudencia.

Ahora intentaba forzar la rueda de la fortuna. Sabía que contaba con escasísimos medios para lanzarse a una empresa pirática: el valor de los brazos de sus hombres y el desprecio de todos ellos por la vida. Con estos elementos primarios, una pequeña embarcación unos cuantos sables, varios puñales, una docena de pistolas, y muy pocos abastecimientos de boca, Pedro el Grande se hizo al mar.

Poca suerte tuvo. Ni una sola vela asomó por el horizonte en el transcurso de dos semanas, Desalentado, con la galleta podrida y el agua escaseando, Pedro dió orden de poner rumbo a la Tortuga. Ya la barca se dirigía a su surgidero, cuando se dibujaron en las lejanías del mar, a sotavento, las blancas velas de un navío de alto bordo ?Qué hacer? Gobernaron hacia él para reconocerlo mejor, y ya más cerca, se percataron de que era un buque perteneciente a una flotilla española. Por los portalones asomaban las bocas de sus pesados cañones, y aunque llevaba cargada la mayor, su andar era ligero y seguro. Desde luego, Pedro y sus compañeros reputaron la empresa de asaltar aquel navío como superior a sus fuerzas, pero, sin embargo, algo les decía que habían de probar fortuna. Así pues, acordaron tomarlo o morir, juramentándose todos ante el ca-

pitán que se comportarían en el ataque sin desmayos ni temores.

-!Ola! ¿Qué barcucho es este?- preguntóse el piloto del barco español que estaba contemplándolo con un anteojo. Y después de una exploración detenida, se dijo a sí mismo: "Pirata tenemos". Comunicó la noticia al capitán del buque, hombre, por lo que se verá, excesivamente confiado y de índole poco precavida. Después de subir al castillo de popa y de echar un vistazo al barco pirata, el capitán exclamó con desprecio:

"Debo yo tener temor de una cosa de tan poco momento? !Ni aunque fuere de otra nave tan grande y fuerte que en la que estoy!

Tales fueron sus palabras textuales, pronunciadas en son de burla. Luego, sin dar órdenes en ningún sentido, más que las acostumbradas en la navegación normal, bajó a su cámara para reanudar la partida de juego de los cientos que tenía empeñada con algunos oficiales. Y tan despreocupado estaba, que sobrevino la noche y aun continuaba entregado a su pasión favorita.

Mientras tanto, los piratas se aprestaban al abordaje. Habían acordado que uno de ellos desfondaría la barca en el momento de saltar al navío, al objeto de cortar toda retirada. Con tan extremada resolución, armados tan sólo con sables y pistolas, saltaron al buque español, y raudos como fantasmas se dirigieron, unos, hacia la cámara de popa y, otros, hacia la Santa Bárbara. Los primeros sorprendieron a la tertulia de juego. En menos de lo que se cuenta, Pedro el Grande puso la pistola al pecho del capitán y le conminó a que rindiese el navío a discreción. Quiso defenderse el oficial, que aunque desprevenido por exceso de confianza, no era ni mucho menos cobarde. Pero un dispaso puso fin a su vida y a su improvisación. Los demás se rindieron ante la superioridad eventual de los asaltantes, mientras la marinería, no rehecha todavía de la sorpresa y habiendo pagado muy caro los primeros conatos de resistencia, se entregaba a los piratas. Poco después, el navío viraba hacia el Norte y ponía rumbo a la Tortuga.

Tal fué la proeza de Pedro el Grande, acción que, según es fama tradicional, inicia los primeros hechos de armas de los bucaneros en el año de la natividad de Nuestro Señor de 1655.